

DE BUENAS LETRAS

Reencuentro con una película

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC
(DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA)

El paso del tiempo nos traiciona. Al recordar el nombre de una persona lejana o desaparecida, creemos que de inmediato nos aparecerá su rostro acompañado de sus gestos, su tono de voz o su manera de andar... Cuando comenzamos a vislumbrar su aspecto físico nos damos cuenta de que todo se nos muestra muy desvaído, sin perfiles nítidos, diluido en una bruma desde la que es imposible adivinar cómo era exactamente su figura, cómo se movía, cómo hablaba... A veces, tan solo nos queda un detalle imborrable. Entonces, aquello que los años nos han robado tendemos a suplirlo con la imaginación. A partir de aquí, vamos recomponiendo una presencia que oscila entre lo real y lo ficticio. Los recuerdos no reflejan lo que ya fue, sino lo que queremos que sea.

Cuando veo al padre Arriaza, sentado en un aula del Hospital Real enseñándonos latín o en mitad de la sala de butacas del 'Cine Club Don Bosco' comentando a Bergman, aparece serio y distante; con gafas, traje gris, aparece serio y distante; con gafas, traje gris, la calva limpia, el cabello rizado, negro y canoso; la tez blanquecina y una delicada del-

gadez académica. Quizás tuviera también unos movimientos rápidos, algo nerviosos, y un cuello fino que le salía de la camisa de manera holgada. En este instante, el aspecto del padre Arriaza se me superpone, por juego de la memoria o del capricho, con los rasgos físicos del dibujante Ibáñez, el creador de Mortadelo y Filemón. Me gusta entrelazar la apariencia de un humorista gráfico con la de un cura cinéfilo. De ambos aprendí algunas cosas. Y me agrada asimismo que de esta mezcla salga un personaje nuevo, que no es ni el uno ni el otro, un personaje que sólo vive confortablemente dentro de mí.

Pues bien, una tarde de viernes en el cine club, el padre Arriaza presentó 'Siete mujeres' (1966), el último filme de John Ford. Yo por entonces estudiaba el antiguo Bachillerato y, cuando fui a ver la película, buscaba algo muy distinto de lo que presencié. De-seaba recorrer de nuevo los paisajes de Monument Valley, estar entre los navajos, las cabalgadas frenéticas, las peleas y la amistad. En definitiva, esa acción que desde la niñez me excitaba sacándome de la realidad y

me empujaba a ir al cine para alimentar mi existencia. Sin embargo, lo que pasó ante mí fue un filme oscuro, intimista, de espacios cerrados, ritmo lento y escasos personajes. Lo contrario a lo esperado. Todo me decepcionó profundamente, salvo la presencia de una Anne Bancroft que, desde aquel instante, forma parte de mi más íntimo álbum de cromos, ese que en silencio me ofrece «vida y color».

Hace unas semanas, volví a ver 'Siete mujeres'. No lo había hecho desde entonces. Y lo hice con entusiasmo, para comentarla en tertulia con amigos. Al regresar a una película, a un libro o a una canción olvidada, nos estamos reencontrando con nosotros mismos; en el fondo, nos estamos relejendo. Lo que ahora he presenciado ha sido un auténtico testamento cinematográfico, una obra de cámara realizada a corazón abierto, que desde su tristeza aborda el vacío interior, la solidaridad, el miedo, la opresión, la soledad, el abismo... Magistral. Incluso la mítica del whisky (hoy tan políticamente incorrecta y tan recurrente en Ford) no da paso a la celebración o a la alegría, como ocurre en otros títulos de antaño, sino a la angustia más lacerante, a la huida sin horizontes. Pese a que todo en este filme es trágico y desolador, existe una profunda fe en el ser humano. He ahí el milagro. Un seco fundido en negro cierra simultáneamente el conflicto de la doctora Cartwright y la filmografía del maestro. En fin, el tiempo o la memoria nos traiciona, sí; pero a veces nos reserva hermosas sorpresas con las que se nos ensancha gratamente la vida, y nos agrada compartirlas.